



## LA INGRATITUD FILIAL CASTIGADA.

*Nueva relacion, en la cual se refiere el castigo que Dios nuestro Señor ejecutò con dos hijos malvados, por haber sacado à su padre al campo para que se lo comiesen las fieras.*

Descuadérnense los ejes  
 de este tachonado velo,  
 vistan luto las estrellas,  
 nieguen su luz los luceros,  
 cúbranse de horror los astros,  
 oculte el sol sus reflejos,  
 la luna eclipse sus rayos,  
 y todos los elementos  
 nieguen su benevolencia,  
 torbellino sea el viento,  
 el agua montes de espuma,  
 voraz destructor el fuego,  
 y en terremotos la tierra  
 dé muestras de sentimiento;  
 lllore mares la obediencia,

vierta arroyos el respeto,  
 al verme tan abatido  
 con ultraje tan funesto.  
 Y porque pueda mi voz  
 referir para escarmiento  
 á tí, ó cenizoso mundo,  
 á tí, de malicias seno,  
 á tí, que tan abatido,  
 tú mismo la causa siendo,  
 por tus delitos te miro,  
 el mas extraño suceso,  
 la mayor ingratitude  
 que cabe en humanos pechos,  
 que enternece los diamantes,  
 y los peñascos mas fieros,

183

y el castigo de esta infamia:  
á la Emperatriz del cielo,  
María, pido me guie,  
y al Patriarca supremo,  
su digno esposo José,  
como único medianero,  
en el admirable caso  
que referiros pretendo,  
suplico sean mi norte,  
con cuyo favor empiezo.  
En el reino de Galicia,  
en una ciudad, que quiero  
dejar en blanco su nombre,  
por políticos respetos  
é inconvenientes, que aquí  
deben pasarse en silencio;  
vivía un hombre, á quien dió  
bienes de fortuna el cielo,  
gozando de sus riquezas  
con paz, quietud y sosiego,  
sin el afán de codicia,  
ni el desvelo de avariento,  
que es el enemigo que  
hace hidrópicos sedientos  
por turbarles la quietud  
á los que se ven con medios.  
Era viudo y muy prudente,  
y mirándose muy viejo,  
quiso apartarse del mundo  
y entregarse todo al cielo;  
y llamando cariñoso  
á dos hijos ya mancebos  
que tenía, les habló  
con amorosos consejos,  
y les dijo de esta suerte:  
ya mirais, hijos, que el tiempo,  
como muy crecido en mí,  
débil y flaco me ha puesto;  
ya veis, que como no halla  
en mis hombros á su peso  
resistencia, por instantes  
va arruinando este cimiento;

y así, pues ya crecidos  
os vé mi conocimiento,  
y aptos á tomar estado,  
como anciano os oconsejo,  
y como padre os lo mando,  
lo ejecuteis, hijos, presto,  
pero sin perder un punto  
de vuestra sangre y respetos;  
y pues ya, como os he dicho,  
tan fatigado me veo,  
quiero hallar en vuestros hombros  
descanso, alivio y consuelo;  
y puesto que de la hacienda  
veis que yo cuidar no puedo,  
igualmente os la partid,  
y otro cuidado no os dejo,  
mas de que me mantengais  
con un bien decente medio,  
y libre ya de este cargo,  
dé á mi alma todo el tiempo  
que me restare vivir;  
que una semana comiendo  
en casa del uno, y otra  
en la de otro hijo, espero  
pasar gozoso y alegre,  
sin fatiga ni desvelo.  
Con sumo gusto los hijos  
á su padre respondieron  
admitiendo la propuesta:  
y así los dos dispusieron  
dentro de muy breves dias  
tomar estado contentos.  
Casáronse, y á su padre  
cuatro meses mantuvieron,  
y ya (fiera tiranía!)  
cansados (rigor severo!)  
de (villana ingratitud!)  
su padre (qué aleyes fueron!)  
repugnaban el sufrirlo,  
sentían el alimento,  
les enfadaba su vista,  
y les era ya molesto.

N. 22.313

Un dia pues los dos hijos  
en unas viñas se vieron,  
y como la soledad  
es de maldades aliento,  
á murmurar empezaron  
de su pobre padre viejo.  
Uno decia que ya  
le era enfadoso su aspecto,  
y el otro que le causaba  
de verlo tan sin provecho;  
y habiéndose convenido,  
hicieron los dos concierto  
de quitar (me ahoga la pena!)  
la vida á su padre mismo,  
sacándolo á la mañana,  
al mismo campo, fingiendo  
que querian divertirlo;  
y atarlo en lo mas espeso  
á un árbol, donde muriera  
de hambre, y de fieras deshecho;  
y sin temer la justicia  
de Dios, así ambos lo hicieron:  
y sacando al otro dia  
á su triste padre (ah cielos!)  
como que iban á una viña,  
en el monte lo metieron,  
y diciendo el uno al otro:  
quitémonos este peso  
de encima: atémosle á un árbol,  
donde los osos sangrientos  
lo despedacen y hagan  
en breve átomos su cuerpo:  
lo ejecutaron así,  
sin ablandarlos su ruego,  
sus lágrimas, su dolor,  
su lástima ni preceptos.  
Nunca gentiles anales  
caso como este escribieron:  
hasta las peñas lo sientan;  
sientalo hasta el mismo cielo;  
sientalo el mas duro mármol;  
sientalo el bronce mas fiero;

tiemble al escuchar la tierra  
tan bárbaro y vil suceso;  
rasgue sus duras entrañas,  
sepulte en su oscuro centro  
hombres mas fieros que fieras;  
fieras de tan fuertes pechos,  
pechos que nieguen su sér,  
sér que se agravia á sí mismo,  
porque ¿qué bárbara fiera,  
qué hombre con conocimiento,  
qué pecho con corazon,  
qué corazon con aliento,  
qué aliento de vida humana,  
qué vida con sentimiento  
no se ablandan de mirar  
llorar á su padre mismo?  
quitar intenta la vida  
á quien les dió el sér primero.  
A su padre martirizan:  
solo de decirlo tiemblo!  
Viendo el padre la dureza,  
les decia: hijos, qué he hecho  
yo, que me ajais de esta suerte?  
si lo haceis porque avarientos  
darme de comeros duele,  
en la ciudad hay conventos  
que me darán un bocado;  
pero ellos á todo esto  
se reían y mofaban.  
Y vuelto en rigor el ruego,  
pedia al cielo justicia  
contra hijos tan perversos:  
y volviendo uno la cara,  
dijo al otro, qué sangrientos  
que tiene el padre los ojos!  
parecen de un oso fiero:  
eso (repitió su padre)  
te vuelva el cielo al momento.  
Oyó Dios su maldicion,  
y al instante (qué portentoso!)  
al punto (qué maravilla!)  
se halló (admirable suceso!)

mudada su forma en oso horrible, espantoso y fiero, esto es, de cintura arriba, las orejas de jumento, largos muy mucho los dientes, los colmillos sin concierto, mas que de javalí agudos; y la otra mitad del cuerpo como de espantosa sierpe, unos pies que ponen miedo, como de tirana harpin, la cola azotaba el viento, larga tres varas y mas, la selva toda aturdiendo con espantosos ahullidos, se deshacia á sí mismo, se revolcaba en la tierra, y con gran rabia mordiéndolo los árboles, los echaba hechos astillas al suelo; volvióse á aquel triste hermano, que ya de temores lleno, ni se atrevia á mover, ni andar podia de miedo; y con su usada fiereza le hizo átomos tan pequeños, que en breve rato fue polvo y ceniza por el viento. Miró á su padre, y cual lobo que embiste hambriento al cordero vibrando rayos los ojos, fue tambien á deshacerlo; pero el anciano, afligido, empezó á pedir remedio al gran Patriarca José, á quien con devoto celo habia toda su vida pedido, que en el postrero lance le diera socorro, y los santos Sacramentos.

No le desamparó el Santo, porque se lo quitó luego de la vista á aquel mal hijo, y por la region del viento lo puso en medio la plaza de la ciudad, desde el puesto donde habia estado atado en el monte, y refiriendo lo lastimoso del caso, muchas personas salieron al monte á desengañarse, donde aquel mal hijo vieron, que cruzando por la selva andaba cual leon sangriento. Ea, mortales, ya veis el castigo que dá el cielo á quien pierde la obediencia á su padre y el respeto. Y pues vemos cada dia, por el contrario los premios que dá al hijo que es humilde y á sus mayores atento; reverenciar á los padres, amarlos como hijos buenos, porque es clara consecuencia, que no tiene al cielo miedo, quien no respeta á su padre. No querais ser avarientos, que si al padre le dais uno, os dara Dios á vos ciento. Y si no, temed, temed su ira y rigor, que es cierto no puede parar en bien el hijo falso y protervo. Y sed constantes devotos del gran Patriarca excelso José, para que nos libre del mal de penas y riesgos: y el cielo nos dé su gracia por un poderoso medio.

FIN